JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

MADRID. — TEATRO DEL DRAMA.

MAESE JUAN EL ESPADERO,

drama en tres actos.

Núm. 59.

BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,
calle de Fernando VII, núm. 29.
1851.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/maesejuanelespad00zeaf

MAESE JUAN EL ESPADERO,

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO,

DE D. FRANCISCO ZEA.

Representado el 19 *de Noviembre de* 1850 *en el Teatro del Drama.*

A su querido amigo el Sr. D. Pedro Calvo Asensio,

El Autor.

Personajes.	Actores.	Personajes.	Actores.
MAESE JUAN, espadero.	Sr. Ayta.	CLAUDIA.	Sra. Sampelayo.
ANA.	Sra. Ruiz.	ANDRES SOTILLO. .	Sr. Rodrigo.
SANSON.	Sr. García.	PEDRO VILLAR. . .	Sr. N.
DIEGUILLO.	Sr. Abad.	ANTON SUAREZ. . .	Sr. N.
MEDINA.	Sr. Barja.	MONZON.	Sr. N.
		Aprendices de espadero. — Criados.	

La escena es en Toledo, en casa de Maese Juan. — Siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la tienda de un espadero : puerta en medio y laterales : junto á la puerta de en medio una reja.

ESCENA PRIMERA.

MAESE JUAN, MEDINA, MONZON.

(*Maese Juan tiene una espada en la mano que luego toma Medina.*)

MAES. Esta es mi mejor espada.
MED. Pláceme, por Dios, la hoja.
MAES. Es un rayo toledano.
MED. Notable taza !
MAES. Famosa !
MED. Bravo gavilan !
MONZ. Soberbio !
MAES. Hecho á ley.
MED. Es gentil obra.
MAES. Gentil no; que en esta casa,
mal que le pese á Mahoma,
todos son cristianos viejos:
yo el primero.
MED. Sea en buen hora:
de la espada hablé, Maese;
que es por Jesucristo, cosa
estupenda.
MAES. Ya os lo dije;
no hallareis como ella otra.
Qué taza mejor calada !
reparad bien: pasma, asombra.
Qué riqueza ! esta es la afrenta,
pardiez, del arte; y la honra
de mi casa: ved que pomo
aqueste ! Una cara torba
representa bajo un casco:
Marte es sin duda; escamosa
culebra los gavilanes
mienten á la vista absorta.
Hay labor mas esquisita?
hay perfeccion mas notoria?
pues la hoja es un diamante:
pedazos hará una roca.
MED. Bien podeis envaneceros,
Maese, con tales obras:

una espada por vos hecha
vale mas que una corona.
Recojed esos ducados
y venga presto esa joya;
que he de llevarla á la corte
para honrar mas mi persona.

MAES. Y haceis bien; que el rey la vea,
para que entienda... mas, oiga;
mal la cuenta habeis echado;
por quien soy que es brava cosa!
daisme el doble, voto al cielo,
del valor de esta tizona,
sin advertir...

MED. Advertido
está ya; échelo en su bolsa.

MAES. Eso no: dadme mi espada,
ó la cantidad que sobra
tomad; que yo solo quiero
lo que en justicia me toca.

MED. Hombre estraño sois, Maese!

MAES. Soy honrado: esto os asombra?

MED. En fin: no hay medio...

MAES. Lo he dicho,
y mi voluntad no doma
otro que Dios en la tierra;
ni hay palabra que yo rompa
por cuanto Dios puso en ella,
tan hombre soy.

MONZ. No se dobla:
(*Ap. á Medina.*)
testarudo es, ya lo visteis.

MAES. Vais á llevar la tizona?

MED. Pues no! primero os dejara
el alma, Maese.

MAES. Cosa
es esa, que os dá á mis ojos
mas valor, mas alta honra,
que este oro que amontonasteis
en mis manos pecadoras.
Tomad; es vuestro y no mio.

MED. Bien está.
(*Toma las monedas sin mirarlas.*)

MAES. No veis que aun sobra?
Quien no quiso antes lo mucho
mal querrá lo poco ahora.
Aguardad; voy á traeros...
Vuelvo presto. (*Vase.*)

ESCENA II.

MEDINA Y MONZON.

MED. Hombre es de historia
el buen Maese!

MONZ. Es notable.

MED. Que está loco se me antoja.

MONZ. Posible es.

MED. Eso jurara;
mas vamos á lo que importa:
decias...

MONZ. Que vuestro hijo
aquí se esconde.

MED. Me asombras.
Qué hace aquí, voto á mil diablos!

MONZ. Vuestro servidor lo ignora.
De Zocodovír la plaza
atravesaba ha dos horas:
eché tras él, y...

MED. Mentira
parece!

MONZ. Pues si me ahorcan
no escucharán de mi labio,
señor Medina, otra cosa.
Estos ojos no mintieron
jamás á distancia corta.

MED. Vive Dios que si te engañan
te los arranque mi cólera!
Qué! Diego pudo hacer esto!
Así mi honor acrisola!
Cuando á la guerra le envio
porque la heredada honra
escasa me parecia
en juventud tan briosa;
en vez de manchar su acero
en sangre enemiga, agota
su injenio y cansa su brazo,
en arte, que ruin y tosca
solo á villanos confia
los secretos que atesora!
Por el martillo y la lima
dejar la espada así ociosa
el hijo de un caballero,
que solo empresas heroicas
llevar á cabo debiera
sediento siempre de gloria,
siempre anhelando alabanzas
que ilustren mas su persona!
Monzon, salgamos, que cierto
si aquí mi saña le topa,
no he de ver que es hijo mio
el traidor que me desdora.

MONZ. Luego vos, señor Medina,
creeis...

MED. Que el amor me roba
el hijo en quien descansaba
mi altiva esperanza loca.

MONZ. No entiendo...

MED. Monzon, los años
maestros son que perfeccionan
al hombre que cuerdo nace,
y ha cincuenta que las cosas
de esta vida estanme dando
sinsabores y zozobras.
Maese Juan tiene una hija,
y no hay duda que es hermosa
cuando tantos daños causa
y tantos juicios trastorna.
MONZ. Quién os dijo..,
MED. Mi esperiencia:
vióla Diego y adoróla:
disfrazado entró á servirla
y...
MONZ. Pardiez que si la historia
es tal...
MED. Cincuenta maestros,
Monzon, por lecciones pocas
que den...
MONZ. Es verdad.
MED. Yo tuve
aplicacion y memoria.

ESCENA III.

DICHOS Y MAESE JUAN.

MAES. Estamos pagados.
(*Entrega á Medina algunas monedas.*)
MED. Nada
me debeis?
MAES. Nada en conciencia:
ahora ved si hay en que os sirva;
que la voluntad es buena.
MED. Sabe Dios que os lo agradezco,
Maese. Qué espada esta!
ufano con ella salgo
de vuestra casa.
MAES. Es gran pieza.
Ni el Cid, ni Roldan...
MED. Mas solo,
no hareis vos estas lindezas;
que en vuestro taller habreis
gente perspicaz y buena.
Qué sutil encaje aqueste!
MAES. Dos mozos tengo en mi tienda
que son, señor, dos relámpagos.
MED. Harto lo dice la muestra.
MAES. El uno es Sanson; un diablo
diria mejor que era,
segun el valor que abriga
aquel corazon de piedra.
No hay quien despida una barra
mas lejos en esta tierra,
ni quien le venza en la lucha,
ó le gane en la carrera.
Gran jugador de pelota
es tambien, y hace proezas
si apuesta á saltar; pues salta,
como una acosada fiera.
MED. Será... recio?
MAES. Ancho de hombros
es, y de tosca presencia.
MED. Tosca decís?
MAES Tosca digo.
MED. Y es jóven?
MAES. Pasa de treinta
años.
MED. La edad, es de un hombre!
MAES. Cierto, es la edad de la fuerza.
MED. Mucho ese Sanson me place!
Si es así el otro, por nuestra
madre la Vírjen, que en casa,
teneis dos mozos de prueba.
MAES. Es Dieguillo aun muy mancebo;
y aunque igual corazon tenga,
llévale el otro ventaja.
MED. Diego es su nombre?
MAES. Él lo lleva
al menos, y así le llaman.
MED. (Por Dios que es él!) Y quien muestra
mas amor, Maese, al oficio?
el Sanson; no es así?
MAES. Á esa
pregunta, en vano buscara
satisfactoria respuesta.
Ambos son buenos muchachos.
MED. Los querreis como si fueran...
MAES. Si, señor.
MED. Hijos.
MAES. No tanto.
MED. Quiero decir, cosa vuestra.
MAES. Quiérolos cuando no riñen.
MED. Riñen los dos?
MAES. Mal se llevan.
MED. Contadme algun lance de esos:
por qué riñen? quién pelea
de los dos con mas bravura?
MAES. Ninguno.
MED. Imposible!
MAES. Atienda,
y sabrá que siempre llego
antes que á las manos vengan.
MED. Haceis bien!
MAES. Sin duda.

MED. Acaso
si no llegarais se hicieran
pedazos.
MAES. No tal.
MED. Por Cristo!
MAES. No digo yo, que no sean
hombres los dos para tanto;
mas si he de hablar en conciencia...
MED. Qué dijerais?
MAES. Que el Dieguillo
tiene, señor, menos fuerzas.
MED. Donde hay corazon...
MAES. Se viene
con el corazon á tierra;
que hay puñadas que derrumban
hombres, como ramas secas.
MED. Conocer quisiera á entrambos.
MAES. Fácil es... Ana!.. (*Llamando.*)
MED. No hay priesa,
Maese: verlos queria,
mas sin que de sus tareas
los distrajese mi gusto.
MAES. Pienso que cuanto antes vengan
se irán mas presto, y por eso
quise ahora llamarlos.
MED. Sea.

ESCENA IV.

DICHOS Y ANA.

MAES. Saluda á este caballero,
Ana.
ANA. Señor... (*Bajando los ojos.*)
MED Hija es vuestra?
MAES. Eso han dado en decir...
MED. Cómo?
MAES. Y no van mal.
MED. La doncella
es hermosa, por mi vida!
(*A media voz á Monzon.*)
MONZ. Lindo talle!
MED. Es una perla.
MONZ. Razon teniais.
MED. Llegaos.
MAES. Ana, obedece. No acierta...
Perdonadla; es una niña:
nunca os vió y tiene vergüenza.
MED. Animadla vos, Maese.
MAES. No veis, señor, como tiembla?
MED. Sí veo, y me maravilla...
Qué temeis, Ana?
ANA. Yo...
MED. Es bella
como un ángel. Qué os asusta
en mí?
MAES. Por Dios que me pesa
de haberla llamado: Ana,
responde. Vuestra presencia
la turba; y vuestras palabras,
en vez de alentarla, aumentan
su turbacion.
ANA. Caballero...
(Cual su rostro se asemeja
al de Diego! es cosa estraña!)
MAES. Eh! dejadla.
MED. En hora buena.
No es justo que la importune
mas.
MAES. Ciertamente. Que vengan
dí á Sanson y Diego al punto.
ANA. Harélo así. (*Vase.*)
MED. Hay tal belleza!

ESCENA V.

DICHOS *menos* ANA.

MED. Teneis, Maese, una hija,
que es del sol y el alba afrenta.
MAES. Bien se ve que cortesano
sois.
MED. Que no es lisonja necia
os puedo jurar.
MAES. Asi
la hizo Dios y crióse ella.
MED. No hay quince abriles mas bellos
en toda la corte.
MAES. Vea,
señor galan...
MED. Qué?
MAES. Que ha echado
muy de lijero la cuenta:
Ana mi hija, hoy cumplido
ha diez y seis primaveras,
y no es razon que le usurpe
un año vuestra fineza.
MED. Os picais, voto al infierno,
porque...
MAES. Yo!.. Voto á la hacienda
del Rey! requebradla todo
lo que os plazca cuando vuelva,
que mientras lo son, no ofenden
galanterías discretas.
MED. Vaisla á casar por ventura
luego? Hablad.

MAES. Par diez! queréisla
por esposa vos?
MED. Quién dice
tal?
MAES. Pues no es mejor que ella
la mas estirada dama;
y aun tal vez... mas tente, lengua.
MED. Decís...
MAES. Señor caballero;
pues nuestros mozos se acercan
aquí ya con la muchacha,
dejemos esto, y sea en buena
hora.
MED. Que os picais entiendo
otra vez.
MAES. Cánsanme aquestas
conversaciones, que á nada
vienen, y mucho molestan.

ESCENA VI.

DICHOS, DIEGUILLO, SANSON.

DIEG. (Cielos! mi padre!)
MAES. Los dos
aquí están; Sanson y Diego.
MONZ. (Ya veis...) (*A Medina.*)
MED. Conocíle luego.
DIEG. (No sé qué hacer, vive Dios!
finjir será lo mas llano.)
MED. Con que Sanson y...
MAES. Dieguillo.
MED. Dieguillo! espántame oillo.
¿No parece un cortesano
este mancebo?
MAES. Así es:
mas no os canseis; no es sino
un buen muchacho, á quien yo
enseño mi oficio.
MED. Pues
claro está: aunque ruin villano
sea un hombre... verdad, Maese?
(*Con intencion.*)
bien puede tener como ese
el talle de un cortesano.
DIEG. Hable bien.
MAES. Sí, voto á tal!
MED. (No soy de mí mismo dueño.)
Si teneis en ello empeño,
diré que he dicho muy mal.
MAES. Y dirá bien una vez.
MED. Qué quereis?.. son opiniones;
y yo tengo mis razones...
DIEG. Y yo las mias, par diez!...
Vuesa merced no repara...
MAES. Eh! calla tú... Es tan audaz
este mozo!..
MED. Sí, en verdad;
y á no estar vos le pesara.
Dóblole la edad, y soy
á mas de esto un caballero.
DIEG. Faltásteisme vos primero.
MED. En que fuisteis vos estoy:
ved que olvidado lo habeis,
Diego; y que es cordura poca
que aun me hable así vuestra boca
siendo yo... lo que sabeis.
DIEG. Sé quien és... porque lo dijo.
MED. Pues yo, ya que esto le place,
sé quien es, y por lo que hace,
lo que pretende colijo.
MAES. Callarás, Diego?
DIEG. Eso haré!
Mal haya tanto callar!
MED. (La lengua le he de arrancar.)
Oiste? (*A Monzon.*)
MONZ. (Sí; y por mi fé
que el lance me desatina;
mas justo es mi error confiese.)
MED. Qué error?
MONZ. No veis que no es ese
nuestro Diego de Medina?
MED. Pues quien...
MONZ. Otro Diego á él
como veis, tan semejante;
que en el talle, en el semblante
es un reflejo de aquel.
Dudar me hiciera otra vez
si á verle otra vez llegara.
MED. Mas que el talle y que la cara
no lo ha dicho su altivez?
MAES. Anda tú. (*A Sanson.*)
SANS. Dios guarde á dos
(*Acercándose.*)
tan insignes caballeros.
Qué se les ofrece?
MED. Veros
no mas.
SANS. Poco pedís vos.
Mándenme alcanzar á un gamo
en mitad de su carrera,
y...
MED. Posible es que eso hiciera?
SANS. Por qué no? Sanson me llamo.
MONZ. Él piensa que Sanson es un ave.
SANS. No; mas sospecho

que hombre que hace lo que ha hecho
con las manos, con los piés
no se ha de quedar atrás;
y aun... vive Dios! yo he ganado
á un caballo desbocado
á correr!

MONZ. No haria mas
un galgo.

MED. Escuchad, Sanson,
y meditad la respuesta;
que habeis de dármela, puesta
la mano en el corazon.
Qué os place mas; vuestro oficio
ó las lides?

SANS. Fuera error
dudar; sin duda es mejor
de la guerra el ejercicio.
Cuanto vá, del martilleo
del taller, al son que hiende
del clarin que el alma enciende!
Cuanto el militar arreo
es mejor y mas gentil
que estos ahumados girones!
Parecemos tentaciones
con este sayazo vil!
Bueno es para las batallas
duras armas fabricar;
pero ó soy loco de atar,
ó es mucho mejor proballas.
Oh! figúrome que viendo
estoy ya los anchos llanos,
dó han de venir á las manos
dos ejércitos rugiendo!
La gente á la lid se apresta;
comienzan las cuchilladas;
y al tañer de las espadas
vase aumentando la fiesta!
Aquí un pecho hendido arroja
un caño de sangre hirviente:
parte allí en dos una frente,
una toledana hoja.
Un brazo allá se desgaja
cual leve rama de un tronco,
y al son de las armas, ronco
mézclase el son de la caja.
Ni piedad ni temor hallo.
¿Qué pechos no harán feroces
los gritos de rabia atroces,
los relinchos del caballo?
El ay! del que herido ya
vacila en mortal congoja;
la lanza que viene roja,
la cuchillada que va;
y luego...

MED. Basta, Sanson;
honrada fué la respuesta.

SANS. Pues ved que os la he dado, puesta
la mano en el corazon.

MAES. Ya veis que os dije verdad,
cuando os hablé de este mozo.

MED. Dame el escucharle gozo.
Qué noble temeridad
en su pecho! qué ardor fiero
en sus palabras!

MAES. No hay hombre
á quien su valor no asombre.

MED. Vive Dios, que caballero
le hiciera, si fuera el Rey,
aunque para ello hubiera
de degradar...
(*Mirando atentamente á Dieguillo.*)
á cualquiera
de los que contra la ley
del honor serlo pretenden!
Qué piensa de esto el Dieguillo?

DIEG. (Ah! de vergüenza al oillo
frente y megillas se encienden!)

MED. Qué decís? amigo... claro
y alto hablad, si he de entenderos.

DIEG. Digo que esos caballeros...

MED. Que se lo llamas reparo.

DIEG. Si por su cuna lo son...

MED. Diego! en los nobles varones,
(*Acercándose á Diego y tomándole la mano.*)
la gloria de las acciones
es el mas grande blason.

DIEG. Lo sé, padre, y pronto espero
probaros, que aun vive aquí
el honor que recibí
de tan noble caballero.

MED. Diego... esa es tu obligacion:
pruébame con tus acciones
ser digno de tus blasones,
y cuenta con mi perdon.

MAES. Bien por Dios! que al fin las paces
asentasteis imagino.

MED. No aun; mas en el camino
estamos ya.

MAES. Mas tenaces
os creí, y á fe de Juan
que en el alma me pesaba.

MED. Nuestra enemistad acaba
dónde empezó. Ya verán...
quiero decir, si otra vez
volvemos por esta tierra.
(*Hace seña á Monzon de que le siga.*)

MAES. Os vais?
MED. Sí. Con que se cierra
el trato ó no? responded.
DIEG. Con eso me sale agora!
MED. Bravo mozo! *En la posada* (*Ap.*)
de Miguel Sanchez armada,
te espero dentro de una hora!
Vamos, Monzon, Dios os guarde.
(*Alto.*)
Sanson! seguro de veros
honrado entre caballeros
estoy, mas presto ó mas tarde.
Vos, Maese, dadme acá:
con ella á la corte voy.
MAES. Tratadla bien.
(*Maese Juan le entrega la espada que Medina habrá dejado en el mostrador antes de la llegada de los mozos.*)
MED. Por quien soy
que mañana la verá
el rey.
MAES. El rey! suerte estraña!
Pues cuando al verla se asombre,
no olvideis decir mi nombre
al rey Felipe de España.
(*Vase Medina y Martin.*)

ESCENA VII.

MAESE JUAN Y LOS MOZOS.

MAES. Muchachos, á la faena
otra vez, que el tiempo corre,
y hay que alcanzarle. Conmigo
ven, Sanson. Tú, Diego; ponte
á armar esas dos espadas
negras, que trujo Ruy-Gomez
el Maestro: y hazlo en regla;
que estos maestros matones
en cualquiera caso hallan
motivo para un mandoble.
(*Vase con Sanson.*)

ESCENA VIII.

DIEGUILLO.

Buenos quedamos, amor!
nuestro enredo descubrióse
y el Dieguillo á ser D. Diego
vuelve, y caballero, y noble.
Maldita locura mia!
nécia esperanza del hombre!
Que otro fin tener pudieran
los sueños de mis amores?
Valor corazon; pues vamos
á la dura guerra, donde
acaso la muerte haya
compasion de tus dolores!
Valor corazon y brios;
que aunque tu afan no se logre,
mucho alcanzas, mucho puedes
si amantes cadenas rompes!
Adiós lugar encantado;
patria de mis ilusiones;
desterrado me han de tí:
para nunca tornar voyme!
Adiós, prenda de mi vida;
no me culpes cuando llores;
que me alejan de tu lado
sagradas obligaciones.

ESCENA IX.

DIEGO Y ANA.

(*Ana ha salido á la mitad del anterior monólogo y oyendo las palabras de Diego le detiene.*)
ANA. Donde vas Diego sin mí?
Olvidásteme, traidor?
Confunda el cielo tu amor
y á quien se fió de tí!
DIEG. Si algo pudo merecerte
el que en tí su bien tenia,
deja que parta, Ana mia;
deja que busque la muerte.
Contigo, mi corazon
en cárcel queda de amores;
solo voy con mis dolores...
tristes compañeros son!
Si jamás tornare á verte,
recuerda; ay amor! un dia
que al partirme te decia
que iba buscando la muerte.
ANA. La muerte! estraña locura!
No alcanzo... mas, ah! ya entiend
DIEG. Qué!
ANA. De mi amor vas huyendo:
déte Dios buena ventura!
Anda, sí, corre traidor;
verdad es que te queria;
pero ya del alma mia
se ha borrado aquel amor
ira solo queda aquí,
hiel amarga solamente!...

ve con Dios, ó llamo gente
que me liberte de tí.

DIEG. Ana, mis lágrimas vé;
ellas te dirán, señora,
lo que está sufriendo ahora
el alma que tuya fué.
El deber, no la traicion,
aleja de tí mi huella,
pero va tu imájen bella
grabada en mi corazon.
Sabe el cielo que á poder
hablar...

ANA. Diego, sella el labio,
y no hagas al cielo agravio
por burlar á una mujer.
El cielo sabe quien eres,
y quien soy, y porque lloro.

DIEG. Él sabe cuanto te adoro.

ANA. Sabrá... lo que tú quisieres;
mas vete: lejos de aquí
te aguarda mejor fortuna...
Ah! perdona si importuna
soy: yo siempre he sido así.
Á qué reino ó ciudad vas?
que nueva instantánea vino
á decidir tu destino? (*Lijera pausa.*)
Basta, no me digas mas.

DIEG. Ay, tirana estrella mia!

ANA. Y vaste sin despedirte?
seria por no aflijirte!

DIEG. Tal vez por eso seria:
adiós, Ana.

ANA. Pero donde
vas? así me dejas, Diego?
en esto paró aquel fuego
y aquel sentir... ay! responde!
Es este tu antiguo afan?
(*Sanson al paño.*)

SANS. Con la doncella, Dieguillo
hablando está; quiero oillo:
Desde aquí no me verán.

DIEG. Ana, mi amor es eterno.

ANA. Pero, y el mio? sin verte
será muy cruel mi suerte.

SANS. Se amaban, voto al infierno!

ANA. Oh! bien que te adoro ves!

SANS. (Yo salgo! Ah mujer liviana!)

DIEG. Sanson aquí!... vete, Ana.

ANA. Pero despues...

DIEG. Sí, despues.
(*Vase Ana.*)

ESCENA X.

SANSON Y DIEGUILLO.

SANS. Señor Diego... (Huyó turbada!)
(*Diego se ha puesto á trabajar disimulando: á la voz de Sanson vuelve la cabeza con finjida indiferencia.*)

DIEG. Llámame el maestro?

SANS. No;
era el que llamaba yo.

DIEG. Qué se le ofrecia?...

SANS. Nada.

DIEG. Entonces...
(*Hace que vuelve á su tarea.*)

SANS. Bah! tiempo sobra.

DIEG. Sobrarále á él.

SANS. Para holgar
nunca falta.

DIEG. Él puede hablar
mientras yo sigo mi obra.
(*Toma un martillo y da algunos golpes.*)

SANS. Vaya, vaya, el buen Dieguillo!

DIEG. Qué decia? (*Sin alzar la cabeza.*)

SANS. Que es muy diestro.

DIEG. Yo!...

SANS. Á la hija del maestro
preguntádselo.

DIEG. (Sufrillo
no podré si en esto insiste.)

SANS. La moza es hembra real.

DIEG. No entiendo...

SANS. Torpeza igual!
(Vive Dios, qué se resiste!)
Á la hija nunca vió
del maestro?

DIEG. Veces mil.

SANS. Qué le pareció?

DIEG. Gentil!

SANS. Pues eso decia yo.
Y... perdone si prolijo
soy: jamás la habló de amores?

DIEG. Qué le importa?

SANS. Algunas flores
juraria que la dijo.
No responde?

DIEG. No, por Dios.

SANS. Callado es el hombre.

DIEG. Otros.
no lo son.

SANS. Entre nosotros...

DIEG. Pues qué pasa entre los dos?

SANS. Descortés andais conmigo.

DIEG. Yo andaré como quisiere.

SANS. Segun y conforme fuere
su paso y mi humor, le digo.
DIEG. Cierto?
SANS. Cierto.
DIEG. Qué apostais
á que no?
SANS. Par diez! cabales
(*Sacando algunas monedas.*)
tengo aquí cuatro reales;
venid á ver si los ganais!
DIEG. Van otros cuatro!
(*Los arroja sobre el mostrador: Sanson hace un monton con todo y se prepara á recibir á su contrario.*)
SANS. Ocho son.
Venga!
DIEG. Voy!
(*Lanzándose hácia él. Maese sale y los separa.*)
MAES. Voto á mi padre!
SANS. Maestro, aunque no le cuadre
hemos de reñir.
MAES. Sanson!
Diego!
DIEG. Con este cuchillo
(*Cojiendo una daga.*)
te haré el corazon pedazos.
SANS. Si no te rompo los brazos
antes, con este martillo.
(*Tomando uno del mostrador.*)
MAES. No ha de ser aunque yo muera:
suelta esa daga traidora! (*A Diego.*)
Trae acá tú!...
(*Sanson baja el martillo al ver desarmado á Diego: Maese se le quita.*)
Bueno, ahora...
a uera los dos, afuera!
(*Empujándolos hácia la puerta.*)
SANS. De vuestra casa?
MAES. Por Dios
que sí!
SANS. Pensais qué me importa?
Oh! no es mi hacienda tan corta
que necesite de vos:
y si mi menguada estrella
y un poderoso enemigo...
MAES. Fuera de mi casa, digo!
SANS. Mil diablos carguen con ella!
(*Cae el telon cerrando la puerta con impetu.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

CLAUDIA, ANA.

NA. Ay abuela! cuanto sabe!
Quién le enseñó aquesa ciencia
del adivinar?
LAU. Bobilla!
yo te lo diré si prestas
atencion.
NA. Dígalo, madre.
LAU. Pues oye: mas de cuarenta
años ha, que una muger
muy descarnada y muy vieja,
vínose á vivir enfrente
de mi casa. Pronto, estrecha
amistad las dos vecinas
trabamos; que era la abuela
Valentina un ángel, bajo
la forma de una diablesa.
Contábale mis secretos
yo... secretos de doncella,
en los que siempre danzaba
algun galan de calleja
muy embozado y muy tierno,
muy sin blanca y con mas penas
que un alma del purgatorio;
ya tú me entiendes, mozuela.
La honrada muger me oia
y mil graves advertencias
solíame hacer, que loca
yo enterraba en mi conciencia
de muchacha; que las niñas
siempre á quien las aconseja
dan este pago, si amor
está llamando á la puerta.
Andando el tiempo, á un mancebo
que con mas suerte ó mas prendas
que los otros, dió en rondarme
la calle, aficion sincera
tomé; siendo esta aficion,
maldita mil veces ella!
con mil traiciones premiada,
como es uso en la edad nuestra.
Contéle mis desventuras

á mi vecina, y la buena
muger muy compadecida
«ay! me dijo: y qué indiscreta
es la juventud! qué falso,
qué ruin cuanto nos rodea!»
Rompí yo á llorar y entonces
acariciándome ella,
«Cuanto tiempo ha que á tu amante
no ves?» preguntóme. — Treinta
dias va á hacer, respondíle,
al caer el sol.—Brava cuenta!
dijo; y quieres verle? — Al punto,
respondí.—Pues toma aquesta
antorcha, y así que haya
venido la noche enciéndela,
verás á tu amante.»

ANA. Válgame
la Vírgen! callad, abuela,
que me dais miedo.

CLAU. Volvíme
á mi casa, y muy contenta
encendí mi antorcha, así
que bajaron las tinieblas
de la noche...

ANA. Ay cielo!

CLAU. Á poco
dos golpes dan á la puerta...

ANA. Jesus!

CLAU. Abro y era él!...

ANA. Ah!

(*Asustada.*)

CLAU. Bobilla!

ANA. Pero esa
muger era...

CLAU. Un poco bruja;
pero muy cristiana vieja.

ANA. Bah! no digais eso, madre.
Y ella fué...

CLAU. Fué mi maestra,
y téngolo á mucha honra,
que no hay en toda esta tierra
otra Valentina Perez.
Qué muger! Qué ciencia aquella!
No habia mal que no curase,
ni droga que no tuviera
en casa... De noche iba
al cementerio, y envuelta
en la oscuridad...

ANA. Los muertos
resucitaba?..

CLAU. Qué necia!
no; mas los desenterraba,
y con sus dientes y muelas
adornaba las paredes
de su casa; que eran negras
como la pez.

ANA. Jesus, madre!
Y cómo vos en las vuestras
no teneis?

CLAU. Yo no soy bruja,
aunque estudié una veintena
de años con fruto ese arte:
sé hacer, mas cosas pequeñas;
tales como adivinar
la suerte de las doncellas,
decirles la calidad
de su esposo, el nombre y señas,
el trage en que le han de ver,
el dia en que ha de ser hecha
la boda, y...

ANA. Creeis en efecto
que yo venga á ser princesa
antes de pasarse un año?

CLAU. No he de creerlo? y sino fueras
princesa, muger serias
de un varon de la primera
nobleza al menos, y rico.

ANA. Pero quien?...

CLAU. Su nombre y señas
no sé aun; mas pronto espero
decírtelos: ten paciencia.

ANA. Y en qué trage?..

CLAU. Muy humilde
será aquel en que le veas
la primera vez.

ANA. Muy humilde?
cómo?

CLAU. Niña, despacio, y deja
caminar el tiempo un poco.
En tanto, si alguna huella,
algun pasado amorío
en tu pecho dejó, apriesa
bórrala de allí; pues sabes
el marido que te espera.

ANA. Abuela, estais cierta?..

CLAU. Estoy:
lo he leido en las estrellas;
y ay de tí si mal pagases
de tu esposo las finezas!
Mil desdichas... mas no quiero
asustarte; tú eres buena
y serás feliz. (Así
(*Ana se retira pensativa hácia la reja.*
en las redes que yo diestra
la tendí, se irá enredando
incautamente la necia.

Bien puede pagarme luego
mi habilidad en moneda
corriente el señor don Luis!
No hizo tanto el muy babieca
mientras en su casa estuvo
majando hierro. Ella mesma
ha de arrojarse en sus brazos,
ó una coroza me cuesta.)

ANA. Mi padre!

CLAU. Él es. (*A la ventana.*)

(*Maese entra sin hacer alto en los que están en escena, y cuelga la capa de una escarpia.*)

ESCENA II.

MAESE, CLAUDIA, ANA.

CLAU. Buenas tardes,
Maese Juan.

MAES. Malas ó buenas,
diga noches, madre Claudia,
que ya asoman las estrellas.

CLAU. Válgame Dios! como pasa
el tiempo! hasta luego, perla.
(Voy á ver que novedades
hay por la ciudad.) (*Ap. á Ana.*)

MAES. Abuela,
vaya con Dios.

CLAU. Con él quede.
Qué hermosa noche!
(*Asomándose á la puerta.*)

MAES. Muy buena.

ESCENA III.

MAESE, ANA.

MAES. Estás á oscuras!.. qué diablo!
enciende el candil. Par diez!
no hay cosa como la luz;
los ojos son para ver.
En qué estás pensando!

ANA. Voy,
padre.

MAES. Por vida del rey! (*Ana sale.*)
Pobre muchacha! no puede
con la pena; ya se ve!
éramos cuatro en la casa;
desde el alba hasta las seis
de la noche, peleando
aquí estábamos los tres
con taladros y martillos
como tres hombres de bien.
Hoy con su cancion resuena
abandonado el taller,
y del alba á la oracion,
sus lindos ojos no ven
mas que á un vejete que huelga
como un infanzon, sin ser
mas que un honrado espadero,
rico solo de altivez.
Ya está aquí. Finjamos calma.
(*Ana vuelve con luz.*)

ANA. Alabado sea aquel
que está en el altar.

MAES. Bendito
sea cien veces y cien. (*Descubriéndose.*)
Ve á rezar tus oraciones.
(*Ana se retira.*)
No quiero pensar en él;
era un diablillo; es verdad
que á sus años yo tambien... (*Pausa.*)
Famoso par de espaderos
ambos mozos han de ser!
(*Golpes á la puerta.*)
Hola! quién llama?

DENTRO. Maese
está en casa?

MAES. Á su merced,
si algo que mandarle tiene.

DENTRO. Pues abra aquí.

MAES. Abrole pues.

ESCENA IV.

MONZON *de camino*, MAESE.

MONZ. Maese Juan, guárdele el cielo.

MAES. Guarde á su señor y á él.

MONZ. Tan presto me ha conocido?

MAES. Qué os espanta si aun no ha diez
dias que en casa estuvisteis?
Mas sentaos: qué traeis?

MONZ. Vengo de la corte.
(*Siéntanse los dos.*)

MAES. Bueno.

MONZ. Allá á mi señor dejé.

MAES. En cabal salud?

MONZ. Pues no!
es un roble.

MAES. Duro es.

MONZ. Sabeis que el rey vió la obra?

MAES. Qué obra?

MONZ. La vuestra.

MAES. Ya, y qué?

MONZ. Pasmado quedó.

MAES. Eso prueba
que es hombre entendido el rey.
Quien os lo contó?
MONZ. Á mi amo
se lo oí; pero tal vez
os lo diga él mismo en esta
carta.
MAES. Carta! la leeré. (*Lee.*)
Cielos! no, no, estoy soñando!
tanto honor!... volveré á ver.
MONZ. (Qué irá á ver?.. que le honran mucho
dice... Bien lo ha menester!
un espadero... Curioso
fuí siempre y nada cortés;
alarguémonos un poco...
Oh! quien pudiera crecer
un palmo!)
MAES. Sí, el rey lo quiere,
ó al menos este papel...
MONZ. (Voto al sol!) (*Movimiento de Maese.*)
MAES. Tomad, buen hombre;
tomad, tomad y leed.
MONZ. Traiga.
Aquí habla de una espada,
y añade: «Tal ha de ser
que ella misma... Jesucristo!
ha de decir de quien es!»
Ella misma?... Señor Juan
el espadero, esto hareis?
MAES. Sí, haré una espada, que sea
la mejor prenda del rey.
Haré... pero no haré nada.
Sanson! Diego! pesia quien!
donde estarán?
MONZ. Habrán ido
á rezar que hoy fiesta es.
MAES. Vive Dios! (*Pensativo.*)
MONZ. (No hay duda, es loco;
vamos de aquí; no le dé....)
(*Desviándose.*)
MAES. Y yo los eché de casa!
MONZ. (Si me echará á mí tambien!)
Qué respuesta envio al amo?
MAES. La sé yo?
MONZ. La inventaré
yo, que soy criado antiguo,
si place á vuestra merced.
MAES. Decidle... que haré la espada,
basta que lo quiera el rey.
MONZ. Una y mil veces dirélo.
MAES. Os vais?
MONZ. Sí, que tarde es;
pero de Toledo no.
Ya vendré por ahí á ver
como va vuestro trabajo;
tengo de licencia un mes...
Con que, si os parece, vóyme.
MAES. Id con Dios.
MONZ. Quedad con él.
(No, pues es mas razonable
de lo que yo imaginé.) (*Vase.*)

ESCENA V.

MAESE, ANA.

MAES. En peor ocasion no pudo
su magestad... pero es ley.
Ana, acabaste? (*Sale Ana.*)
ANA. Ha un momento.
MAES. Entonces, espérame;
fuerza es que salga.
ANA. (Me deja
sola!)
MAES. Voy á ver á Andrés
Sotillo, nuestro vecino:
nada tienes que temer;
vuelvo al instante. (*Vase.*)
ANA. Qué pasa?
Esta es la primera vez
que sola en casa me quedo...
y á qué hora!... Empiezo á tener
miedo... Porque habré yo hablado
con Claudia de la mujer
aquella, que los difuntos
desenterraba?... Qué haré
para no temblar, Dios mio?..
Esa luz... ese vaiven
eterno... Abriré la reja
un poco... así... ya está bien.
(*Dentro cantan.*)
«Al nido tornan las aves
despues de caer el sol;
despues que el sol ha caido
vuelvo á tus amores yo.»
ANA. «Al nido tornan las aves
despues de caer el sol;
despues que el sol ha caido
vuelvo á tus amores yo.» (*Pausa.*)
Qué linda cancion! dichosa
la enamorada mujer
á quien coplas amor canta
de sus ventanas al pié!
(*Vuelve á sonar la música.*)
Un laud, una apacible
noche... en medio del cielo ver

de la luna el triste rayo...
oir el suspiro fiel
de un galan que canta y llora...
amor jurarle despues...
ay! para un alma de niña
qué mas gloria puede haber?
Diego! Diego!... Siento pasos;
corramos; mi padre es.

(*Inclina la cabeza sobre su brazo y queda en silencio.*)

ESCENA VI.

MAESE, SANSON, ANA.

MAES. Á qué abriste esa ventana?
mas ya sé, siéntate tú. (*Á Sanson.*)
El miedo de Belcebú!
Vamos. Ponte á coser, Ana.

SANS. Maestro, hablad, voto á mil truenos!
que me tiene harto en cuidado
el haberme vos buscado
cuando lo esperaba menos.

(*Mientras hablan Maese y Sanson, Ana trabaja junto á la ventana.*)

Qué ocurre? hágoos falta yo?
Trátase de alguna obra?...
par diez! voluntad me sobra,
y si soy capaz ó no,
estas manos lo dirán.

MAES. Si así en la razon te pones,
vive Dios que mis lecciones
recompensadas están.
En casa de Andrés Sotillo
creyendo hallarte, salí;
sabia que antes allí
jugabais él, tú y Dieguillo,
los dias de huelga.

SANS. Pues;
y como ya todos son
de huelga para Sanson
y el otro, á casa de Andrés
fuisteis á buscarlos diestro;
hallásteisme solo á mí,
y me trujisteis aquí;
ahora, proseguid, maestro.

MAES. Corto seré: el soberano,
cuyos pies besa humillada
España entera, una espada
digna de su régia mano
mándame á pedir; ya ves
que honra tan alta!

SANS. Ya veo!..
al grano.

MAES. Que dije creo
todo.

SANS. Y eso todo es?

MAES. Todo.

SANS. El parabien os doy,
maestro; la honra es crecida,
mas la teneis merecida. (*Se levanta.*)

MAES. Te vas?

SANS. Á jugar me voy
otra vez; que el ajedrez
me está llamando.

MAES. Por Cristo!

SANS. Si hay mas que hablar, no resisto;
pero acabad de una vez.

MAES. Vive Dios, rufian!

SANS. Lo acierta
si se enoja; así mas presto
me iré.

MAES. No saldrás! (*Poniéndose délante.*)

ANA. (*Corriendo á ellos.*) Qué es esto?

MAES. He de ahorcarle de esa puerta!

SANS. Puesto que os habeis picado,
callo y me siento otra vez;
mas pensad que el ajedrez
no es juego para dejado.
Sentaos vos tambien maestro
y no mas jaques, por Dios,
que teneis vuestro rey vos
en peligro y soy yo diestro.

MAES. Por mas que oyéndote estoy,
no entiendo lo que aquí pasa.
Tú, ayer tan humilde en casa,
tan vil é insolente hoy!
Calla, ó contigo, Sanson,
fin tendrán mis confusiones.

SANS. Yo he venido á oir razones,
y esas razones no son.
Al caso: os escucharé.
Con que el rey...

MAES. Ó eres muy necio
ó burla haciendo y desprecio
estás de mi buena fé.
Sanson... de tí necesito;
solo estoy; la espada aquesa
hacer al rey interesa...
Entiendes?

SANS. Dios sea bendito!
Empiezo á entender.

MAES. No mas?
Torpe serás.

SANS. Soy así:

treinta años ha que nací;
ved si ello viene de atrás.
Con tan singular rudeza
lograra entre mil bodoques,
en un bosque de alcornoques
carta de naturaleza.
Si es de la suerte rigor
no sé; mas sospecho aquí
que el entendimiento á mí
se me convirtió en valor.
Dos cosas hay, no son mas,
en las que ingenio demuestro;
una es el oficio vuestro,
el ajedrez va detras.
Juego bien, mas juro á Dios
que todo lo debo á que
de mis treinta años pasé
jugando los veinte y dos.
En el taller brava pieza
tambien soy; mas la razon
de esto está en mi corazon,
maestro, mas no en mi cabeza.
Oh! no teneis que asombraros:
esperad, y yo os prometo
el misterioso secreto
descubriros sin reparos.

MAES. Y á qué viene...?

SANS. Deje hablar;
verá que viene al asunto
tan conforme y tan á punto,
que el decirlo es abreviar.
Yo, maestro, y no os asombre
cosa tan posible y llana,
amo á vuestra hija Ana
cuanto puede amar un hombre.
La fama de su hermosura
que sola en Toledo brilla
y par no tiene en Castilla
tal vez, segun lo murmura
de algunos la admiracion,
á aquesta casa arrastróme
y en este oficio lanzóme
con mas amor que ambicion.
Pues desque su rostro vieron
mis ojos y le admiraron,
para lo demas cegaron
y nunca otra luz tuvieron.
Y tanto fué el estravío
de mi amor, que hasta la guerra,
único afan en la tierra
que agitaba el pecho mio
desde mi temprana edad,
dejó de ser mi aficion.
Oh! maldito el corazon
que rinde su voluntad!
Maldito el que...! mas pues vos
me habeis escuchado atento
y yo concluí mi cuento,
respondedme, voto á Dios!
Y no olvideis lo que os digo:
aunque sea ruin venganza,
ó me dais una esperanza
ó mas no conteis conmigo.
Dieguillo ya la ciudad
dejó; yo estoy solo aquí;
tratadme bien... No por mí,
sino por Su Magestad.

MAES. Villano! sino creyera
que estás loco te matara.
Vete, ó te arrojo á la cara (*Amenazándole.*)
la afrenta que así me altera.
Á hombre tan ruin como tú
habia de dar la mano...
Fuera unir un soberano
arcángel con Belcebú!
Vete y piensa que si así
á hablarme vuelves audaz,
ni el mismo rey es capaz
de libertarte de mí.

SANS. Y si fuese un caballero
yo!.. maldita mi fortuna!

MAES. Es de muy honrada cuna
la hija del espadero.
Mucho hombre habia de ser,
aunque oirlo no te cuadre,
el galan á quien su padre
se la diese por muger.

SANS. (Probarle quise y me cierra
el camino.) Es que yo puedo
dejar mañana á Toledo
y partir para la guerra.
Y aunque mi dicha es escasa,
mi brazo es fuerte y haria ..

MAES. Bien, vete, y hasta ese dia
no vuelvas mas á mi casa.

SANS. Y si antes...

MAES. Por Satanás!
antes, agora ó despues
para tí lo mismo es
y aun para todos quizás.

SANS. Buenas noches, señora Ana.
Maestro, no quiera Dios
que lo que hoy conmigo vos,
haga el rey con vos mañana!
No dudeis; para un destierro
causa en el asunto sobra;

con que... manos á la obra
y gima en el yunque el hierro.
Porque sino, es gran verdad
que el rey... pero no os aflija
ya pedirá vuestra hija
por vos á Su Magestad.
(Vamos á ver á la vieja
y aunque me le pese en oro,
hoy me entrega ese tesoro
ó la ahorco de esa reja.)

ESCENA VII.

MAESE, ANA, *despues* CLAUDIA.

ANA. Gracias á Dios que se fué.
Temblando estaba! qué os dijo?
MAES. Nada.
ANA. Si es así, prolijo
anduvo; mas yo escuché
no sé que del rey.
MAES. Sí... nada.
ANA. Y aun parecióme que á ese hombre
oí pronunciar mi nombre.
MAES. Pudo ser.
ANA. De alguna espada
hablariais.
MAES. El amor
del oficio, hízonos luego...
ANA. Ah: si estuviera aquí Diego!..
por qué le echasteis, señor?
MAES. Justo fué.
ANA. Ahora los dos...
MAES. Ana, en habiendo dineros,
sobran á los espaderos
aprendices.
ANA. Mas no á vos,
que con secreta arte estraña,
de un trozo de hierro rudo
un rayo forjais agudo.
MAES. Espaderos en España
hay, y en Toledo escelentes.
ANA. Pero á vos no os convendria
que vuestro secreto un dia
se supiera entre las gentes
del oficio.
MAES. Habrá rapaza!
Para pedirte consejo
es ya tu padre muy viejo.
(Por Dios que llevaba traza
de no acabar la mozuela:
hice en atajarla bien.) (*Llaman.*)
DENTRO. Ha de casa.
MAES. Vé á abrir. (*A Ana.*)
ANA. Quien
llama?
DENTRO. Yo, niña.
ANA. Es la abuela.
CLAU. Sea alabado el Señor. (*Entrando.*)
No espereis ver noche igual!
No salís?
MAES. Cuerpo de tal!
pues es dia de labor?...
Ved. (*Toma la capa.*)
CLAU. Vos direis lo que os cuadre,
pero noches como esta
no suelen caer en fiesta.
MAES. Cierto: hasta la vuelta, madre.

ESCENA VIII.

CLAUDIA, ANA.

CLAUDIA.

Qué tienes? pensativa te has quedado:
triste estás.. Por tu vida
que me cuentes, mi sol, lo que ha pasado,
si no quieres tambien verme aflijida.
Habla, dí presto.

ANA.

Ay madre! es una pena
la que siento en el alma, tan agena
de fundamento...

CLAUDIA.

Dí.

ANA.

Fuera locura:
no hagais caso.

CLAUDIA.

Oh! qué ingrata criatura!
bien mi amor pagas! deja, no lo digas.

ANA.

Ay madre! lo diré, pues que me obligas.
Á poco de marcharte
tú, mi padre salió; yo quedé sola
y á la reja corrí, cuando con arte
á lo lejos tañer blanda viola
oí, y á su compas un dulce canto
que hizo á mis ojos asomar el llanto.

CLAUDIA.

Era el canto de amores?

ANA.

De amores era.

CLAUDIA.

Ay mis ajadas flores!
Ay verde primavera de mi vida!

hermosa edad que lloraré perdida,
siempre que en el espejo
vea esta nieve y este rostro añejo!
Yo tambien, hija mia,
estrellarse en mis rejas
he sentido de amor cantos y quejas:
como que por oirlos no dormia!...
Mira que simplecilla yo seria!
No haya cuidado que hoy penas ni afanes
las canciones me den de mis galanes!
Prosigue.

ANA.

He concluido.

CLAUDIA.

Sin comenzar?.. mas calla, comprendido
la causa he ya de tu melancolía:
la amorosa cancion te ha recordado,
jurara que acerté, mi profesía.

ANA.

Oh! en ella no he pensado,
en Diego sí.

CLAUDIA.

En Dieguillo? en aquel mozo
cuyo labio sombrea apena el bozo;
y qué, cuando un real va á visitalle,
se santigua con él, ébrio de gozo,
como quien no ha mas bienes que su talle!
Que le olvides te ruego:
tu esposo será un Don, no un simple Diego.
Un hombre, no un muchacho, á quien debias
detestar, pues te deja: lo que fuego
es en tu corazon, cenizas frias
en su pecho mezquino es solamente.
Cuanto mas te ama el nuevo pretendiente!

ANA.

Quien, madre?.. que yo nada he conocido.

CLAUDIA.

El que ha de ser mañana tu marido.

ANA.

El príncipe? (*Riendo.*)

CLAUDIA.

Sí, el príncipe.

ANA.

Pues cuando
(*Con sorpresa.*)
me vió el príncipe á mí?

CLAUDIA.

Pienso que ha sido
en el templo.

ANA.

Jesus! estoy temblando.

CLAUDIA.

Porque, si es tan galan!..

ANA.

Cuando le visteis,
que antes nada de aquesto me dijisteis?

CLAUDIA.

No ha mucho.

ANA.

Pero es cierto?

CLAUDIA.

De hambre muera y de sed en un desierto
si esta no es la verdad. Un rico trage
vestia, en su sombrero alto plumage
iba flotando al viento; una dorada
carroza conducíale, y alteza
le llamaban sus gentes, inclinada
ante valor tan grande la cabeza.

ANA.

Ay madre Claudia!
(*Déjanse caer en un taburete*)

CLAUDIA.

Ay hija de mi vida!
qué tienes?

ANA.

Nada ya.

CLAUDIA.

No importa; deja.
(*Yendo á abrir la reja.*)

ANA.

Con que tan galan es?...

CLAUDIA.

Pues que convida
(*Fingiendo no haber oido.*)
á gozar de su ambiente
manso la noche, así quede la reja;
entrará el aura á refrescar tu frente.

ANA.

Decís que es muy galan?...

CLAUDIA.

Oh! mas mudemos
conversacion, mi alma, hasta que asome
de nuevo la color en tu megilla.

ANA.

Si estoy mejor!... mirad. (*Levantándose.*)

CLAUDIO.

Tiempo tendremos
despues...

ANA.

Cómo! Creeis que aqueso dome
mi valor?... no, no; hablad, que ya me hu-
(milla
tan terca compasion.

CLAUDIA.

Hija de padre!

ANA.

Con que tan galan es?.. responde, madre.
Con que es tan rico? con que galas tantas
se viste, y va en carroza, y á sus plantas
mira con altivez la muchedumbre
de sus siervos?

CLAUDIA.

Pregúntalo á la gente.

ANA.

Ah! por qué me engañais? arde mi frente...
qué ajitacion!... qué estraño desconcierto!...
yo princesa!... Jesus! si fuese cierto!...

CLAUDIA.

Princesa, sí; y si quieres, alma mia,
ver á tu esposo el príncipe, yo agora
te haré venir.

ANA.

Y como?...

CLAUDIA.

Yo sabria,
pelando á la sabia brujeria...

ANA.

Os lo prohibo.

(*Con majestad, tomando una actitud imponente.*)

CLAUDIA.

Perdonad, señora.

(*Inclinándose. Despues de una pausa, riéndose maliciosamente.*)

Ya vas tomando, Ana,
el tono y la manera soberana
de quien soberbio á la obediencia obliga!
Hermosa estás así... Dios te bendiga!

(*Corriendo á estrechar á Ana entre sus brazos.*)

ANA.

Ah, llamadle, sí, quiero
salir de dudas ya.

CLAUDIA.

Pues ahí te asienta;
pero... tendrás valor?...

ANA.

Tenerle espero.

CLAUDIA.

No gritarás?...

ANA.

No, vamos.

CLAUDIA.

Qué violenta
impaciencia! Lo grave ya conoces
del asunto; por Dios que no des voces.

(*Enciende una antorcha. Diríjese á la ventana y dice.*)

Príncipe, que enamorado
de los ojos bellos de Ana,
lejos de su lumbre lloras
sin que fin tengan tus ansias,
ven á poner á los piés
de la hermosura que amas
tu rica, esplendente, corona dorada,
tu réjio palacio, las villas qué mandas!

ANA.

Qué resplandor! Han llamado.

(*Asustada; algunos pajes con hachas atraviesan por delante de la ventana.*)

No abrais, por Dios, madre Claudia.

CLAUDIA.

Ya es tarde; un brazo invisible
hácia la puerta me arrastra.
Entrad, señor. (*Abre.*)

ESCENA IX.

SANSON *en traje de caballero y con careta*, ANDRES SOTILLO Y CRIADOS *con luces*; *y luego* DIEGO.

ANA. Ah! qué miro!
La madre de Dios me valga.
CLAU. Se ha desmayado!..
SANS. Anton Suarez,

(*Arrancándose la careta.*)

Pedro Villar, en la plaza
están los caballos; pronto
de este lugar arrancadla!
Tú, vieja, toma esa bolsa,
henchida está de oro y plata.
CLAU. Divino Dios! perdonadme.

(*Recojiendo el bolsillo.*)

PED. Á un lado, madre gitana.
CLAU. Gitana!... quien se lo dijo?
PED. Voto á su sayo! las trazas.
ANT. No perdamos tiempo, Pedro.
PED. Una joya es la muchacha.

(*Acercándose á Ana.*)

EMB. Atrás villanos!

(*El embozado se descubre y tira de la espada poniéndose delante de Ana.*)

PED. Quien eres
tú, que el mandato no acatas
de nuestro señor?
EMB. Un hombre
que os llevará á cuchilladas
donde él esté, para daros
sangrienta muerte á sus plantas.

PED. No será ! (*Riñen.*)
CLAU. (*Ap.*) (Cielos ! Dieguillo
es este.)
ANT. Huyamos.
DIEG. Canalla ! (*Salen.*)
CLAU. Ay mezquina pecadora !
ay Vírjen de mis entrañas !
ay santo oficio ! ay malditas
monedas de oro y de plata !
Hija, amor mio... No vuelve
desdichada de mí !
(*La puerta habrá quedado abierta: Maese atraviesa la calle y párase mirando adentro.*)
MAES. Danza
de espadas aquestas horas
á la puerta de mi casa !...
Por Dios que estoy por meter
yo tambien mi cuarto á espadas.
Mas qué veo !... (*Entra.*) Ana, hija mia!
ANA. Donde está ?...
(*Volviendo en su acuerdo.*)
CLAU. El viejo ! (*Ap. aturdida.*)
MAES. Quien ? habla !
ANA. Él !...
(*Dentro voces.*)
CRIA. Matadle, muera, muera.
(*Dieguillo llega á la puerta defendiéndose de Andres Sotillo y criados y cae.*)
DIEG. Ay de mí !
AND. Dios de su alma
tenga piedad.
(*Maese precipitándose hácia la puerta esvada en mano.*)
MAES. Hombres viles !
gente cobarde y malvada !
pues de mí casa el sagrado,
por robarme ó deshonrarla,
profanais de esta manera;
morid todos !
AND. Juan, aguarda !
(*Adelantándose con dignidad.*)
es nuestro vecino (*A los otros.*) (Déjenme
á mí, que pues malograda
(*Aparte á los mismos.*)
vemos la ocasion, forzoso
es finjir y tener calma.)
Antes de culpar á nadie,
ya que el verme no te basta
á mí, tu vecino Andrés,
entre estas gentes honradas;
sabe Juan, que ese mancebo
á quien nuestra justa saña
dió muerte, muerte mas cruda
queria dar á tu fama.
MAES. Válgame el cielo ! qué dices ?
este hombre ? ..
AND. Es Diego, que amaba
á tu hija y no á tu honra.
MAES. Diego !... es verdad ?...
ANA. Desdichado !
(*Corriendo á él.*)
él és ! él és ! Diego ! Diego !
MAES. Aparta, traidora, aparta.
(*Claudia se interpone y se la lleva.*)
Avisad á la justicia,
(*Haciendo un esfuerzo sobre sí.*)
vecino Andrés... toca... y gracias !
(*Danse las manos: telon.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

MAESE JUAN, APRENDICES.

MAES. Esto es hecho: bien, muchachos !
mañana su magestad
aumentará sus tesoros
con esta joya real.
No os dormisteis en las pajas;
vive Dios que al comenzar
nuestra obra, de vosotros
no esperaba la mitad !
Colgadla de aquella escarpia. (*lo hacen.*)
Qué espada ! lástima dá,
que á parar vaya á palacio
donde ociosa se ha de estar.
Ea, idos donde os plazca.
APR. 1.° Buenas tardes, maestro Juan.
MAES. Hasta mañana.
APR. 2.° Si Dios
quiere, maestro.
MAES. Id en paz. (*Vanse.*)

ESCENA II.

ANDRÉS SOTILLO, MAESE JUAN.

AND. Vecino?.. (*á la puerta*)
MAES. Adelante.
AND. Cómo
tan presto?.. Acabóse ya
la famosa... Voto al diablo! (*entra.*)
MAES. Qué?
AND. Que desde el gavilan
(*mirando la espada.*)
á la punta, es la espadilla
un milagro.
MAES. El Rey dirá.
AND. Y aunque no dijere el Rey;
yo digo y repito, Juan,
que esto es una maravilla;
y que si aquella fatal
noche que sabes, la hubiera
tenido en mis manos.. ah!
yo te juro...
MAES. Andres!..
AND. El cielo
no lo quiso: ese rufian
de Diego ha de tener siete
vidas, si no es inmortal.
MAES. Sábese dél por ventura?
AND. Despues que resucitar
le vimos, cosido el pecho
á estocadas, y la faz
teñida en aquel color
que á los cadáveres dá
la muerte amarilla y fea,
nadie ha vuelto á saber mas
dél: acaso en un rincon
ignoto de la ciudad,
duñando esté todavia
si se queda ó si se vá.
MAES. Válgame Dios y su madre!
quién pudiera imajinar
que Diego... y no es lo peor
que Diego intentase audaz
hollar mi vejez honrada,
sino que ella... Andres, ha ya
tiempo que nada me cuentas
de lo que el vulgo mordaz
dice de aqueste suceso.
AND. Qué ha de decir? voto á tal!
Toledo sabe quien eres,
aunque ignore lo demas.
MAES. Esplícate por Dios vivo,
Andres!
AND. Respóndeme, Juan:
Ana es hija tuya? su honra
es tu honra? autoridad
tienes tú para matarla
porque dió que murmurar
al vulgo con sus amores,
su desdicha ó liviandad?
MAES. Quien dice...?
AND. Yo!...
MAES. Tú...! Y qué causa...?
AND. No pretendo averiguar
nada... guarda tu secreto;
y una vez que mi amistad
vale tan poco...
MAES. Andres... vamos...
AND. Sí; una vez que tú tan mal
pagas... no diré servicios,
mas la buena voluntad
de un amigo y un vecino
que... En fin!... (*Va á retirarse.*)
MAES. Andres, donde vas?
AND. Tengo que hacer en mi casa.
MAES. Eh! vive Dios! ven acá.
AND. Juan, repito...
MAES. Has de sentarte
y oirme. (*Aproximando un taburete.*)
AND. Pero...
MAES. No hay mas.
Quien tan sin razon me ofende,
satisfaccion me ha de dar.
(*Siéntanse ambos.*)
Andrés; eres el primero
que la mordaza tenaz
de este secreto me arranca;
de mi boca á oirlo vas.
AND. Si dudas...
MAES. Tu discrecion
no conozco; mas leal
es tu intencion, y ésto basta.
AND. Juan... Andrés sabe callar.
(*Pausa.*)
MAES. Embozado hasta los ojos
una ruin noche de marzo,
oscura, lluviosa y fria,
cruzaba yo á paso largo
la ciudad, sin que en plazuela
ni calle, amante bizarro
ó prevenido ladron,
me hiciera llevar la mano
á la espada: cosa estraña
en los tiempos que alcanzamos,
en que son tan importunos
ladrones y enamorados.
Hácia al fin de una calleja

rumor escuché cercano,
y un candil vi que lucia
á pesar del viento bravo,
de una casa ante la puerta.
Seguí indiferente andando,
é iba ya á doblar la esquina,
cuando á mis espaldas pasos
recelosos oigo y tristes
ayes y confuso llanto.
Volví el rostro y «quien vá?» — Dije.
«No temais:» respondió en blando
son de una mujer la débil
voz, y de la luz al claro
resplandor, puesta á mis piés,
vi una dama, (un soberano
ánjel decir quise;) cuyo
semblante hermoso, bañado
en lágrimas, al mas yerto
corazon y mas de mármol,
hubiera movido á lástima.
Suspenso quedé gran rato
sin saber que hacer, ni hallar
palabras que decir, cuando
la aflijida dama bella,
rompiendo aquel tan estraño
silencio, esclamó, ay señor!
si sois honrado y cristiano,
amparadme. Y la vergüenza
encendió su rostre pálido,
que era una azucena antes,
haciendo al carmin agravio.
Yo entonces «quien ofenderos
osó?» pregunté, empuñando
con una mano la espada,
y tendiendo la otra mano
á la dama, que al momento
del suelo se alzó, su llanto
queriendo enjugar en balde
con un pañizuelo blanco.
Al fin, entre mil sollozos
respondió: templad el ánimo;
que el que osado me ha ofendido
está para vos muy alto.
Mas (á decíroslo vuelvo...)
si sois honrado y cristiano...
Al llegar aquí, su voz
ahogó el dolor... y en mis brazos...
una prenda... Andrés, aquella
muger era madre.

AND. Acaso...
MAES. Andres! (*Haciéndole seña de que calle.*)
AND Pero...
MAES. Sí.
AND. Y no sabes...?
MAES. Nada.
AND. El nombre...
MAES. Andres, mas bajo.
AND. Que nadie nos oye creo.
MAES. No importa; diez y seis años
la he tenido aquí, y ya tú
lo habias adivinado.
AND. Piensa mal... y acertarás,
dice un refran castellano.
Mas prosigue.
MAES. Dias antes
de este suceso, llegado
habia á Toledo yo;
de suerte que ningun trato
ni amistad...
AND. Sí, sí... ya entiendo.
MAES. Mi muger, Dios en descanso
la tenga, enferma y postrada
en el lecho...
AND. Ya, ya; al caso.
MAES. El caso es... que he concluido.
AND. (Qué hombre! confúndale el diablo!)

ESCENA III.

DICHOS, MEDINA, *en traje de camino.*

MED. Ha de casa! (*Desde la puerta.—Entra.*)
MAES. Vos aquí!
MED. Yo, Maese. Vengo á hablaros
de un asunto.
MAES. Sin testigos?
MED. Sin testigos.
MAES. Bien, sentaos.
Cuando llegasteis?
MED. En este
momento de entrar acabo
en la ciudad.
MAES. Varias veces
he visto á vuestro criado
y nunca me dijo...
MED. Aun no le ví yo.
MAES. Hoy á mandaros
iba nuestra obra.
MED. Luego
la veré; pero... no estamos
solos. (*Bajo á Maese.*)
MAES. Andres...
AND. Sí... me voy.
(Qué será? nunca fué malo
escuchar; que así se aprende,
segun oí de muchacho.)

Juan... hay gente en esa pieza?
(*Señalando á una de las puertas de la izquierda.*)

MAES. No, Ana está adentro hilando,
y yo, como ves, aquí
me he de quedar.

AND. Pues si obstáculo
no hay para que yo... tenia
que ajustar... seré muy rápido;
unas cuentecillas viejas;
y como en casa...

MAES. Entra y hazlo.

AND. Vaya si entraré!

MAES. No salgas
hasta...

AND. Pues! bésoos las manos.
(*Saluda á Medina y éntrase.*)

ESCENA IV.

MEDINA, MAESE.

MED. Nadie nos oye?

MAES. Ninguno.

MED. Miradlo bien.

MAES. Lo he mirado.

MED. Entonces...

MAES. Si, daos priesa,
que juro á Dios que esperando
estoy como ánima en pena
el fin de misterios tantos.

MED. No teníais una hija
antes vos?

MAES. Podeis dudarlo?

MED. Cómo se llamaba?

MAES. Ana.

MED. Y qué edad?

MAES. Diez y seis años.

MED. Donde está?

MAES. Donde quereis
que esté? de su padre al lado:
no permiten otra cosa
los tiempos que atravesamos.

MED. Pero... es verdad que ella...?

MAES. Yo
no miento, señor hidalgo.

MED. No es eso.

MAES. Si es.

MED. Vive Cristo!
á espacio.

MAES. Pues eso, á espacio.

MED. Yo digo que Ana no es hija
vuestra.

MAES. Y yo, voto á mil diablos!
digo que vos estais loco.

MED. Mirad...

MAES. Y á pié y á caballo...

MED. Quereis oirme, Maese?

MAES. Quereis tener juicio, hidalgo?

MED. Jamás nos entenderemos.

MAES. Haced que nos entendamos
vos.

MED. Pues dejadme vos.

MAES. Pues...
proseguid. (*Pausa.*)

MED. Diez y seis años
ha que de la corte vino
á esta ciudad, entre marzo
y abril seria, una dama
principal con un anciano
criado y una doncella!

MAES. Dama, doncella y criado?
Es cuento?

MED. Es historia.

MAES. Larga?

MED. Así... así...

MAES. Id acortando.

MED. Llamábase esta señora
Doña Ana...

MAES. Buen nombre!

MED. Hurtado
de Mendoza.

MAES. El apellido
importa?

MED. Importa.

MAES. Pues cargo
con él y vuelvo á escuchar.

MED. Era Doña Ana un milagro
de hermosura.

MAES. Si seria.

MED. Tanto, que en la corte...

MAES. Y... vamos,
que en la corte...

MED. Era de todos
solicitada, y un paso
no podia dar, sin que
detras...

MAES. De eso no me espanto.
Bien sabeis vos que en la corte
hay muchos desocupados.

MED. Quereis oirme, Maese?

MAES. Si... si no es precepto, hidalgo.

MED. No es precepto.

MAES. Pues prosiga.

MED. Pues escuche.

MAES. Id acortando.

MED. Entre los muchos galanes,
gente toda del mas claro
linage, que á nuestra dama
con suspiros, con regalos
que ella no admitia, quejas,
músicas y enamorados
billetes importunaban;
uno mas que todos alto
y poderoso, su nombre
aquí por respeto callo,
logró vencer su firmeza,
merced al oro villano,
que hasta al cuarto de la honesta
dama abrióle paso franco
una noche... Desde aquella
noche, nunca en los saraos
ni en los paseos, doña Ana
mostró mas su rostro cándido.
Encerrada siempre y sola
oíasela en su cuarto
llorar y gemir sin tregua
con el dolor mas amargo.
Un dia que consolándola
su doncella y un criado
antiguo y fiel, que dejase
la aconsejaban, pensando
aliviar así su mal,
la corte, y saliese al campo;
preguntóles si con ella
irian; y el sí escuchando
de los dos, que dispusiesen
les mandó lo necesario
para partir con el alba
siguiente; mas avisándolos
que no habia de saberse
dó paraban, hasta tanto
que á su casa ella escribiese.
Imprudentes los criados
obedecieron, y el alba
llegada, juntos tomaron
el camino de Toledo
los tres.

MAES. Sabeis que me canso?

MED. Pues continuad vos la historia.

MAES. Os burlais, señor hidalgo?
Sé yo adivinar novelas?

MED. Yo os ayudaré á contarla.

MAES. Y cómo?

MED. De esta manera.
(*Saca un medallon.*)
Conoceis este retrato?

MAES. (Cielos! su rostro!) Quién sabe?

MED. Es el de doña Ana Hurtado
de Mendoza.

MAES. De Mendoza?
Si supierais vos que flaco
de memoria soy!

MED. Jamás
la visteis?...

MAES. Qué sé yo! Tantos
rostros se ven...

MED. Vive el cielo,
que os empeñais en negarlo!

MAES. No se empeña él en saberlo?

MED. Terco sois.

MAES. Allá nos vamos.

MED. Una noche... hablad por Dios,
francamente y sin reparos...
no os entregó aquesta dama
una prenda que guardado
habeis vos.

MAES. Pudo ser.

MED. Pero...

MAES. Pero... en fin... seguid contando.

MED. Aquella noche, sabido
su paradero, un hermano,
muy mozo aun, á la casa
de la dama fué, y hallando
de su deshonra las pruebas
y de aquel estraordinario
viaje la razon en ella,
la espada sacó, y airado...

MAES. Quiso matarla?

MED. Eso quiso;
mas detuvieron su brazo.

MAES. Y qué hizo la dama entonces?

MED. Huyó, la prenda salvando
de su desdicha, y á un hombre...
No erais vos ese hombre?

MAES. Acaso.

MED. Luego confesais...

MAES. Confieso...
que soy muy desmemoriado.
(*Se levantan.*)

MED. (Hagamos la última prueba.)
Vos teneis un relicario
igual á aqueste, no es cierto?
(*Lo muestra.*)

MAES. Dejadme ver... No, en mi mano.
Si, señor. Ana mi hija,
le lleva.

MED. Entonces...

MAES. Sepamos.
Dónde está esa dama?

MED. Ha muerto.

MAES. Dónde?

MED. En un convento.
MAES. Cuando?
MED. Tres dias ha.
MAES. Y como antes
de indagar no habeis tratado...
MED. Al ver ya su fin doña Ana,
dos renglones mal trazados
escribió á cierta persona.
MAES. Llámase?...
MED. Su nombre callo
segunda vez por respeto.
MAES. Tal es él?
MED. Raya en sagrado.
MAES. Basta ya.
MED. Si lo acertasteis...
MAES. Nada me advirtais; sé honrarlo.
MED. Y como en la carta el nombre
de Ana se leia claro,
puesto á vuestra hija...
MAES. Ya
no lo es.
MED. Al fin...
MAES. Voto al diablo!
Queriais que mi secreto
vendiese al primer hidalgo
que se entrase por mi puerta?
Qué castillo bien guardado,
no habiendo traicion por medio,
se rinde al primer disparo?
Pruebas os pedia... pruebas
yo á mi vez...
MED. Quedo esperando.
MAES. Perdonad si os dejo solo,
señor...
MED. Medina.
MAES. Llamaros
por vuestro nombre queria;
seaislo por muchos años.
MED. Id, y no tardeis, que hoy mismo
he de volver á palacio.
MAES. Priesa trae: vea que yo
esperé diez y seis años.
MED. Mándame... quien vos sabeis.
MAES. Yo respeto sus mandatos.

ESCENA V.

MEDINA, ANDRES.

MED. El buen maese!
AND. Marchóse.
Hay dias afortunados!
Vamos ganando dineros;
famoso oficio tomamos!
Quién va?
(*Llega á la puerta sin ser visto de Medina.*)
MONZ. Un hombre: no me ve?
(*Dentro.*)
AND. Pues entre, y déjeme el paso. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MEDINA, MONZON, *disfrazado ridiculamente de payo con barbas.*

MONZON.

Dígame, caballero:
(*A Medina que está de espaldas.*)
vive en esta posada un espadero
llamado... (Jesucristo!
No es mi amo y señor este que he visto?
Yo huyo.)

MEDINA.

Oiga buen hombre:
por maese Juan pregunta?

MONZON.

Otro es su nombre.
Maese Juan! Dios le guarde:
yo busco un maese Pedro, y se hace tarde.
(*Cáesele la barba.*)
(Lléveme el diablo! Adiós, barba postiza!
ahora me conoce y descuartiza!)

MEDINA.

Monzon!!

MONZON.

Señor! (*Aturdido.*)

MEDINA.

Qué es esto?

MONZON.

Locuras de Dieguillo.

MEDINA.

Cuenta presto.

MONZON.

(Milagro! quién dijera
que habia de escapar de esta manera?
Al ángel de mi guarda
lo debo.) Escuchad.

MEDINA.

Ya tu lengua tarda.

MONZON.

Pues... como iba diciendo,
vuestro hijo está loco.

MEDINA.

Loco!

MONZON.

Entiende

que loco está quien muere
de amores como él. Quiere y requiere,
señor, á la espadera
(verdad es que la moza es hechicera,)
con tanta idolatría,
que no pudiendo hablarla, aquí me envia
en el trage que veis, y con aquesta
barbaza descompuesta
á engañar á su padre, Dios mediante
y mis costillas siempre por delante,
diciéndole que yo y un compañero,
que es él, un espadero
buscando acá vinimos,
que unas cuantas arrobas que trujimos
de hierro de Vizcaya
nos compre; y cuando vaya
con la respuesta yo...

MEDINA.

Mas como á Diego
topaste aquí?

MONZON.

Él se fué; mas volvió luego.
Ojalá nunca hubiera
hecho tal; pues con dura saña fiera
el mismo de su vuelta aciago dia,
en mil partes herido, á poco envia
su alma al Criador! Corrió el suceso,
busquéle yo, y hallándole tan tieso
como si nada hubiera sucedido,
me decidí á callaros lo ocurrido;
quiero decir, callé, temiendo el ciego
furor, y ánimo audaz de vuestro Diego.
Esta es, señor, la historia,
si no se me ha anublado la memoria
con el miedo de veros, que es posible.

MEDINA.

Dices que á la doncella
Diego adora?

MONZON.

Es su amor irresistible.

MEDINA.

Y ella le paga?

MONZON.

Yo imagino que ella
sino le paga...

MEDINA.

Qué?

MONZON.

Nada le debe.
Qué muger fué para el amor de nieve?
Pero saber querria
donde voy ó que hago?

MEDINA.

En su porfía
dejemos á mi hijo.

MONZON.

La tramoya
del hierro sigue?

MEDINA.

Porqué no?

MONZON.

Arda Troya!
Y si me dan de palos?

MEDINA.

No hayas miedo.

MONZON.

Y si dejo el pellejo hoy en Toledo?

MEDINA.

No dejarás.

MONZON.

Mas si dejare....

MEDINA.

Sella
el labio ya.

MONZON.

Y si todo lo atropella
Diego, y en el anzuelo
prender se deja de la moza bella?

MEDINA.

Maese viene.

MONZON.

Mirad que es como un cielo
la niña pescadora,
y que si el cebo le presenta agora
él picará y picando...

MEDINA.

Asi resisto?...

MONZON.

(Este viejo chochea, voto á Cristo!)

ESCENA VII.

DICHOS, MAESE.

MAESE.

Heme aquí... mas...
(*Reparando en Monzon que se pone á toda prisa la barba.*)

MEDINA.

Traed, y si recelo
todavía abrigais...

MAESE.

No por el cielo.
(*Entrega á Medina algunos papeles.*)
Hartas pruebas me disteis.

MEDINA.

Yo quisiera

que trocásemos prendas.

MAESE.

Bueno fuera!
Ageno de cuidado
quedo; no me haga tan desconfiado.

MEDINA.

Pues vaya previniendo á la doncella
mientras vuelvo, callando por supuesto
el nombre de...

MAESE.

Id con Dios, que yo con ella
me entiendo.

MEDINA.

No riñamos por aquesto.
Antes de una hora...
(*Mirando fijamente á Monzon.*)

MAESE.

Bien.

MEDINA.

(Tú aquí á mi hijo
traerás.) (*A Monzon.*)

MONZON.

(Bien.)
(*En voz baja remedando á Maese.*)

MEDINA.

(Pero...)

MONZON.

Bien. (Oh! qué prolijo!)

ESCENA VIII.

MAESE, MONZON.

MAESE.

Qué buscabais, amigo?

MONZON.

Poca cosa.
(*Finjiendo la voz.*)

MAESE.

Hablad.

MONZON.

Vuesa merced es de estos que hacen
cuchillos?

MAESE.

Espadero?

MONZON.

Pues!

MAESE.

Descosa
la boca y diga lo que quiere.

MONZON.

Yacen
allí fuera de la villa,
en una carretilla
de un primo que yo tuve y que Dios haya,
del mas famoso yerro de Vizcaya
unas cuantas arrobas, que traido
hemos yo y otro para aquí vendellas.
Quiere comprarlas él? á esto he venido.

MAESE.

Si él las vende á buen precio..

MONZON.

Vó á traellas.

MAESE.

No vaya sin que antes...

MONZON.

Si dineros
no tien, no somos por acá tan fieros
que por real mas ó menos al alcalde
la cás alborotemos como otros;
primero se las diera yo de balde.

MAESE.

Cuantas arrobas son?

MONZON.

Cuantas nosotros
en el carro metimos
cuando la vuelta hácia Castilla dimos.
Ea, yo vó por ellas.

MAESE.

Norabuena.

MONZON.

Verá qué hierro aquel! Cuasi da pena
venderle. (Que avisara
mi señor á su dulce prenda cara
me dijo, y no parece; mas no aguardo.)
Hasta luego mi amo; poco tardo.

ESCENA IX.

MAESE.

Fuése; vaya con Dios. Aprovechemos
(*Abriendo la puerta del cuarto por donde entró Andrés.*)
esta ocasion y á la muchacha hablemos.
Algo dura es la prueba;
pero, quién sino yo podrá la nueva
darle cuando el secreto importa tanto?
Andrés.,. mas reiráse
de mi flaqueza... Que esto á mí me pase!
de mi cobarde turbacion me espanto!
Si esa bruja de Claudia... mas traidora
el honor de mi Ana
vender queria, y arrojé en mal hora
de mi casa á la pícara villana.
Ana viene: deber es este mio;
la nueva le dare; cobremos brio.

ESCENA X.

MAESE, ANA.

ANA. Puedo salir, padre?
MAES. Vos
aquí? pues yo os he llamado?
ANA. (Siempre conmigo enojado!)
Perdonad. — Válgame Dios!
que desdichada nací!
MAES. (Llorando se va.) Quien dijo
qué os fuerais?
ANA. Pensé...
MAES. Colijo
que estais burlándoos de mí.
No os llaman, y entrais acá;
no os echan y os vais gimiendo.
Por quien soy que no os entiendo
ni espero entenderos ya.
Hareis que mi furia estalle!
sentaos, voto á mi nombre,
y no lloreis. No soy yo hombre
que con lágrimas se acalle.
ANA. Ah, señor! que soy mirad
vuestra hija, y sin enojos
ved el llanto de mis ojos,
la palidez de mi faz.
Y si quereis la alegria
volverme que ya perdí,
dejad de tratarme así...
tratadme como algun dia!
Que aunque padre el alma os llama,
ha tiempo que con rigor
me estais negando, señor,
lo que mas un hijo ama.
Es posible que la historia
de aquella noche fatal,
no se borre, por mi mal,
jamás de vuestra memoria?
Es posible que con ceño
áspero, siempre anublada,
en mi clave su mirada
mi padre, señor y dueño?
Loca fuí: nada en verdad
mi culpa notable abona;
mas si un padre no perdona,
en donde está la piedad?
Á Diego amé, lo confieso;
si antes callé, por mi amor
puédoos jurar que mi honor
no es menos puro por eso.
No me oís, señor?
MAES. Sí, Ana;
mas que tengo yo que ver
con esos cuentos de ayer
qué has de olvidar tú mañana?
De la corte entre el ruido,
entre danzas y festejos,
presto morirán de viejos
con cuanto en su tiempo ha sido.
Porque has de saber...
ANA. Qué, padre?
que no os entiendo.
MAES. Es muy cierto;
ni yo á decírtelo acierto
aunque á mi deber le cuadre;
que me hiere el corazon
con agudo dardo el ver
que te tengo que perder
aunque sea esto razon.
Mas sabré vencerme así.
Á la corte has de ir, Ana;
á la corte irás mañana;
tu casa tienes allí.
Yo aquí en mi rincon me quedo
con mis memorias añejas,
entre estas paredes viejas
dando que hablar á Toledo.
Triste viviré sin tí;
mas qué remedio? tú, Ana,
á la corte has de ir mañana,
que tienes tu casa allí.
ANA. Callad, padre, que una vez
que me hablaron de esa suerte
á poco me dan la muerte
despertando mi altivez.
Yo ví... yo soñé... mas cual
fué mi desengaño luego!
Hoy... maldigo mi error ciego
y lloro, señor, mi mal.
MAES. Ana, á la corte has de ir,
que tu padre lo mandó!
ANA. De mi padre al lado yo
quiero, pues nací, morir
y no sé como él ordena...
MAES. Niña; vives engañada.
Yo no soy...
(*Ana le mira con ansiedad.*)
No he dicho nada.
(Cobarde es por Dios la pena!)

ESCENA XI.

DICHOS, DIEGUILLO Y MONZON *de villanos.*

(*Empieza á anochecer*)

MONZON.

(Esta es la casa; adentro (*A su amo.*)

la Anilla está con él ! feliz encuentro !)
Presto habemos llegado.
Yo voy á descansar, que estoy cansado
y este peso los hombros me deshace.
Asiéntese él tambien, si así le place,
que el amo á entrambos nos dará licencia.
Necio ! haga al amo alguna reverencia.
No la hará, es un pollino,
á mas que él sólo entiende el vizcaino
y yo le hablé en romance. No es milagro,
que al fin nació en Orduña y yo en Almagro;
y mientras yo me llamo Blas Correa,
nombre, que malo ú bueno, es liso y llano;
él se llama (decí si esto es cristiano)
turriberrigorrigoicoechea.

MAESE.

Es este todo el hierro qué trujeron ?

MONZON.

Aquí sí; mas afuera
hay mas.

MAESE.

Verlo quisiera
para saber cuantas arrobas fueron
las que metió en el carro, buen amigo.

MONZON.

Quiere saberlo ? véngase conmigo.

ESCENA XII.

DIEGO Y ANA. *Diego habrá estado recatándose de Maese durante la anterior escena: al salir este, da algunos pasos para acercarse á Ana, párase de pronto volviendo atrás la cabeza y torna á dirijirse á Ana.*

DIEGO.

Ana !

ANA.

Cielos ! no es vana
sombra ? ilusion liviana ?
Diego es este.

DIEGO.

Sí, Diego, á quien creiste
muerto tal vez aquella noche triste
en que traidora trama
pudo anublar lo claro de tu fama.
Por tí volví á Toledo,
que sin tu luz, mi sol, vivir no puedo;
en la oscura calleja
con mi amante cancion llamé á tu reja.

ANA.

Yo tu canto escuchaba...
Como no adiviné quien lo cantaba ?

DIEGO.

Dos hombres á tu puerta
llegaron luego, y al mirarla abierta,
á la luz que salia,
el rostro de tu padre en el primero
reconocí, y en el segundo el fiero
ceño del que tu honor manchar queria.

ANA.

Sanson !...

DIEGO.

No, un caballero
que ese nombre tomó.

ANA.

Con que ese nombre...
(*Movimiento de Ana.*)

DIEGO.

Era finjido. — Aguarda y no te asombre:
receloso esperando
su salida quedé, y al fin lanzando
salió con ira loca
rabiosos juramentos de su boca.
Claudia la vieja atravesó la calle
entonces, y al miralle
paróse y le llamó; rara fortuna !
yo escuché una por una
sus palabras y oí que te vendia
la vieja y que el traidor por tí volvia:
Entiendes, Ana ? Todo
lo dije ya.

ANA.

Y mi padre te creia...
Ay Diego ! huye por Dios ! que de este modo
osaras aquí entrar ? Oh ! piensa que eres
mi vida, y que me matan si tú mueres.

DIEGO.

Morir cuando te veo ?
No era verme, amor mio, tu deseo ?

ANA.

Oh ! sí !

DIEGO.

Pues juntos ambos, qué te espanta ?

ANA.

Ay ! si supieras, Diego !...

DIEGO.

Qué, bien mio ?

ANA.

Nos van á separar: tras dicha tanta
el dolor otra vez vendrá sombrio.
Lejos de tí me llevan;
mira cuan bien mi sufrimiento prueban.

DIEGO.

No ha de ser, no ha de ser, Ana querida,
ó perderé la vida !

ANA.

Diego!

DIEGO.

Ven, ven conmigo; yo te ofrezco
riqueza, amor, fortuna... porque, Ana,
sabe ya que no soy lo que parezco,
sino...

ANA.

Tú tambien, cielos! oh tirana
desventura! ahora advierto
mi engaño; huye, traidor: mi amante ha muerto!

ESCENA XIII.

DICHOS, MAESE, MONZON.— DIEGUILLO *se retira á un estremo del teatro.*

MAESE.

Qué es esto?

ANA.

Nada, padre.

MONZON.

Algo seria.
Jurara que reñia
á este mi compañero; preguntóle
sin duda, si en Vizcaya se bebia
viendo sus malas trazas, y el jumento
que ni pizca ni jota entenderia,
calló, picóse ella, maltratóle,
los dos entrambos y acabóse el cuento.

ANA.

Eso pienso que fué.

MONZON.

Ya antes os dije
lo que pasa con él; cosa es que aflije,
pero aunque agora os cause estas fatigas,
habíades de hacer muy buenas migas
si estuviésedes juntos una hora.
Mas de mi ama y señora
con licencia podemos
ir entrando este hierro.

MAESE.

Entradlo.

MONZON.

Entremos.
(*Hace seña á Diego que le siga.*)
No ha entendído la seña? arriba, ea!
mátele mala peste! (*Diego le sigue.*)
Que siempre haya de ser tan torpe aqueste
Iturriberrigorrigoicoechea! (*Entran los dos.*)

ANA. (*Mirando por la ventana.*)

A la puerta ha parado
un coche; un caballero
con resuelto ademan de él se ha lanzado
y aquí se entra altanero.

MAESE.

Pues träe luz y vuélvete á mi lado,
que hablar con él en tu presencia quiero.

ESCENA XIV.

DICHOS, SANSON *bizarramente vestido de caballero.*

(*Ha anochecido.*)

SANS. Maese Juan..
MAES. Ese es mi nombre.
SANS. Dios le guarde.
MAES. Él guarde á vos.
Qué buscabais? vive Dios
que yo conozco á este hombre.
SANS. Es esa vuestra hija Ana?
MAES. Si señor; vos sois... (*Queriendo reconocerle.*)
SANS. D. Luis
Hurtado.
MAES. Y á qué venís?
SANS. Hela de llevar mañana
á la corte, y como quiero
salir cuando asome el dia,
á buscarla ahora venia.
MAES. Pues perdone el caballero.
Tiempo hay, que al cabo el lugar
de una hija ocupó aquí
y no es decente que así
me la vengan á quitar.
Bien pudo quien os mandó
pensar mas á espacio aquesto.
SANS. Poco se le alcanza de esto,
que él á espacio lo pensó.
Mas veo que imaginando
anda cosas que no son,
y que le aclare es razon
lo que ante él está pasando.
D. Luis Hurtado yo soy;
de una Doña Ana Mendoza,
que de Dios ha dias goza,
hermano.
MAES. Dudando estoy.
Vos...
SANS. Yo.
MAES. No os encaminó
á mi casa el de Medina?
SANS. La pregunta es peregrina!
Conózcole acaso yo?
Mas ved, señor espadero,
que á llevarme esta doncella
vine, y no me voy sin ella.

MAES. Pues... perdone el caballero,
que yo no se la he de dar.
SANS. Pues yo en llevármela insisto
y así ha de ser, vive Cristo!
ya que él me quiso obligar.
Hola! (*Entran criados.*)
DIEG. Salgamos, Monzon. (*Al paño.*)
MONZ. Muesamo, llámonos? (*Saliendo.*)
ANA. (*Con luz, saliendo.*) Diego!
MAES. Diego aquí!
SANS. (*A los suyos.*) Llevadla luego!
DIEG. Pocos para tanto son! (*Desenvainando.*)
MAES. Pues todos me ofenden hoy, (*Idem.*)
que con todos riña es ley.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y MEDINA *con tres caballeros.*

MED. Teneos!
SANS. Y á quien?
MED. Al Rey.
SANS. Su mejor vasallo soy.
MED. Vuestro nombre...?
SANS. D. Luis
de Mendoza.
MED. El apellido
en palacio es conocido.
SANS. Vive Dios, que bien decís!
MED. No teniais una hermana?
SANS. Cierto.
MED. Nunca ví mas bella
muger, si cual pienso es ella
doña Ana...
SANS. Sí, es Doña Ana.
MED. Pues si es Doña Ana, sois vos
uno que busco.
SANS. Eso creo.
MED. Entonces... que abrais deseo
esta carta.
SANS. Sí, por Dios.
MONZ. (Presumo, aunque harto me asombre,
que ha de haber riña tras esto
segun la cara que ha puesto
al abrir la carta ese hombre.)
(Escondámonos, Monzon,
no nos toque algun reves.) (*Lo hace.*)
SANS. De su propia mano es;
(*Abriendo la carta.*)
no adivino su intencion.
Tomad. (*Dando á Medina la carta*)
MED. Señor D. Luis,
habeis visto bien de quien
es esta carta?
SANS. Muy bien.
MED. Pues entonces no advertís
que obrais con cordura poca
al volverla sin leella?
SANS. Leedla vos, que solo el vella
á cólera me provoca.
MED. «El tiempo todo lo allana; (*lee.*)
mi venganza no os importe:
volved tranquilo á la corte
y rogad por vuestra hermana.»
SAN. (Bien dijo Andrés.)
MED. No me ois?
SAN. Seguid.
MED. «Vuestro ciego honor
la muerte causó á mi amor;
mas yo os perdono, D. Luis,
y á Dios mi perdon le pido.»
SAN. Dios le perdone en buen hora.
MED. «Vos manifestadme ahora
que el agravio recibido
olvidasteis, dando luego
licencia para que Ana,
vuestra sobrina mañana
sea esposa de D. Diego.»
SAN. Pero... quién es él?
MED. Ahí
le teneis; llegad, buen hombre.
(*á Diego.*)
Mal conviene á vuestro nombre
ese traje, pesia mi!
DIEG. Perdon, padre.
MED. Voto á Cristo!
que si os disfrazais de nuevo!..
SAN. (No es Dieguillo este mancebo?)
DIEG. (No es Sanson este que he visto?)
SAN. Acabad.
(*Trayendo hácia sí á Medina.*)
MED. Vuestro valor
premiar con honras ofrece...
SAN. Mi lealdad se lo agradece;
mas sobra á mi pecho honor.
MED. No vendreis...
SAN. No, voto á tal!
MED. Perdonad.
SAN. Hoy por su yerro
de mi patria me destierro
y me parto á Portugal.
Mi sed de venganza insana,
viva ha un momento, á arrancar
me trujo de este lugar
á... la hija de mi hermana.
Sabía que á recojella
vendriais vos y llevalla

quise antes yo, una muralla
levantando entre él y ella.
Mas fué error y hoy se ha de ver
quien soy... (Pese á mi amor ciego!)
Ana, esposa eres de Diego. (*alto.*)

MAES. Qué decís?

SAN. Esto ha de ser.
Al rey decid que cumplí (*á Medina.*)
con él á un tiempo y conmigo:
huyendo de su castigo
disfrazado me entré aquí;
al fin... su perdon me alcanza!
Yo tambien el daño hecho
le perdono y.. (¡Sal del pecho,
(*juntando las manos de Ana y Diego.*)
loco amor sin esperanza!)

MAES. Señor Medina...? sabeis
(*llamando aparte á este.*)
que entendiendo el juego voy
y que cuantos viendo estoy
fulleros me pareceis?

MED. Bien pudiera ser, por Dios!
mas sabeis, scor espadero,
que sin ser aquí fullero
el que mas gana sois vos?

MAES. Estais cierto?

MED. Oidme bien.
Este mozo es hijo mio... (*por Diego.*)

MAES. Ya.

MED. Y se casa... os reis?

MAES. Me rio.
No digais, señor, con quien.

MED. Ya.

MAES. Proseguid.

MED. De su casa,
Real espadero os nombra
Su Magestad... y... os asombra?
no es vuestra fortuna escasa.

MAES. No, en verdad.

MED. La espada aquesta (*la alcanza.*)
dél aun no conocida,
llevar promete ceñida
en los dias de gran fiesta.
Solo en cambio un ruin favor
os pide.

MAES. Y es?

MED. Que mañana
acompañeis á vuestra Ana
á palacio.

MAES. Estraño honor!
Venid, hijos, escusados
(*á Ana y Diego.*)
son disfraces y recelos:
daos las manos, que los cielos
luego os harán bien casados.
Loco de contento os hablo:
hoy nuestra ventura empieza.
¿Por qué baja la cabeza
el buen Sanson, voto al diablo!
Señor Medina, esto es ley,
y en que se cumpla me aferro:
dadme esos brazos de hierro
(*se abrazan.*)
y apretad; y viva el Rey

FIN DEL DRAMA.

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes vigentes.

Obras dramáticas publicadas en las JOYAS DEL TEATRO y representadas con éxito.

TÍTULOS.	AUTORES.	ACTOS.
Adriana Lecouvreur. .	Scribe.	5
Amarguras de la vida..	Orihuela.	5
Cabrion y Pipelet. . .	F. y C.	1
Carlos VII.	Balaguer.	5
Conde, ministro y lacayo.	Rétes.	4
Corona y tumba. . .	Muñoz.	3
De cocinero á ministro.	Balaguer.	1
Dieguiyo Pata de Anafe.	Orihuela.	1
D. Lope de Vega Carpio.	Muñoz.	3
Dos pelucas y dos pares de anteojos. . . .	Muñoz.	1
El amigo del ministro..	Bravo.	1
El arenal de Sevilla. .	Lope de Vega.	3
El caballero d' Harmental.	Dumas.	4
El cardenal es el rey..	Bravo.	5
El castellano de Tamarit.	Morera.	4
El castillo del Diablo..	Sue.	6
El conde de Monte-Cristo, 1.ª parte.. .	Rétes.	4
Id. 2.ª parte.	Balaguer.	4
Id. (las dos partes refundidas en una.). .	Rétes y Balaguer.	4
El conde Herman. . .	Dumas.	5
El Genio contra el Poder.	Rétes.	4
El hijo del Diablo. . .	Orellana.	8
El juego de ajedrez. .	Muñoz.	4
El Judío errante. . .	Malibran.	6
El Libro negro. . . .	Gozlan.	6
El mejor alcalde el rey.	Lope de Vega.	3
El sacrificio de una madre.	Bueno.	3
El sereno de Glukstatd.	Rétes.	3
El subterráneo del Castillo Negro.. . . .	Parreño.	5
En el dote está el bu-silis.	Muñoz.	1
En 1830.	Balaguer.	3
Es un loco.	Muñoz.	1
Francisco el inclusero..	Jorge Sand.	3
Isabel I.	Moscoje.	1
Julieta y Romeo. . .	Balaguer.	3
La carta perdida. . .	Parreño.	1
La condesa de Portugal.	Borao.	3
La duquesa de Iprest. .	Bouchardy.	4
La Duquesa ó la Soberbia.	Muñoz.	8
La última conquista. .	Valladares.	2
Las cuatro barras de sangre.	Alba y Balaguer.	4
Los Espósitos del puente de Nuestra Señora. .	Bourgeois y Masson.	6
Los estudiantes. . . .	Soulié.	4
Los libertinos de Ginebra.	Fournier.	9
Los percances de un viaje..	Parreño.	3
Los quid-pro-quos.. .	Mañé y Catalina.	1
Los siete castillos del Diablo.	Gonzalez.	4
Maese Juan el Espadero.	Zea.	3
Maria ó la hija de un jornalero.	N. N.	3
Matilde ó la mujer del gran mundo. . . .	Sue.	5
Me he comido á mi amigo.	Muñoz.	1
Nuestra Señora de Paris.	Muñoz.	5
Quebrantos de amor. .	Rétes.	4
Travesuras de Chalamel.	Muñoz.	3
Un corazon de mujer. .	Balaguer.	3
Un viernes.	Bouchardy.	1
Una noche en Triana.	Moscoje.	1
Una tempestad dentro de un vaso de agua..	Muñoz.	1
Vifredo el Velloso. . .	Balaguer y Alba.	4

EN PRENSA.

El alcalde de Zalamea.
El pilluelo de Paris, 2.ª parte.

PRECIO.

Las producciones en un acto. . . . . 2 rs
Las de dos ó mas actos. . . . . 4 rs.